

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

EL GRITO DE LIBERTAD

LA INDEPENDENCIA

¡VIVA



• • • BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO • • •
CUARTA SERIE.—LA INDEPENDENCIA

EL GRITO DE LA LIBERTAD

6

¡VIVA LA INDEPENDENCIA!

POR

HERIBERTO FRIAS





El grito de la Libertad



¡Qué acento de inmensa gloria y de esperanza para la nación mexicana fué aquel grito que se llamó en los siglos, el de la Independencia Nacional!

Varias veces os he hablado, amiguitos míos, del estado en que se encontraba el país, que forma ahora el territorio de nuestra patria.

Nuestro querido México, se llamaba entonces la «Nueva España», como ya lo sabéis y en

sus bosques y sierras, había multitudes de hombres, mujeres y niños, quienes, lejos del centro peligroso de las ciudades, se abandonaban á una existencia tranquila y dichosa!...

Pero tenéis que saber también, que á veces aquellas poblaciones sufrían los despotismos de aquellos jefes, de aquellos señorones que maltrataban á los que estaban debajo... ¡Siempre la tiranía de los hijos de los conquistadores, se manifestaba de nuevo en miles de circunstancias y de peripecias!...

¡Quiero referir á mis buenos lectorcitos, aquellas escenas de entusiasmo y patriotismo, que principiaron á hacer de aquella que era lo que llamaban «Nueva España» el futuro país de la República Mexicana!

...Venid, como ya otras veces lo efectuaisteis jóvenes lectores; venid y seguidme por las galerías olvidadas, en las que se descubrieron en venturoso instante, algo tan valioso y útil, como la propia clave de semejantes correrías grotescas... Venid, amiguitos, á ver si descubrimos nosotros algún tesoro, husmeando por entre los archivos de las bibliotecas inmensas y terribles, obscuras y enormes y dilatadas, misteriosísimas y siniestras de la historia!...
...oh!

Venid... acercaos, mis buenos amiguitos lectores, al umbral de esta portentosa relación...

ya veréis cuántas curiosidades contemplarán vuestros ojos...

...Ah! sí... pero... oíd:

¡Os acordáis de que en muchas ocasiones fuimos del brazo, allá en muy pasadas edades, hará siglos y siglos y que fuimos pasando pasando sobre un puente de acero, desde el que contemplábamos los horrores y batallas de la tierra?... ¡ah! ¿os acordáis?...

...Luego vinieron los triunfos, las batallas, las fiestas... y ¡ay! también al mismo tiempo... oh! sí, también al propio tiempo los consuelos magníficos!...

...Allá en el silencio de las noches negras retumbaban trompetas...

Y aquellas trompetas misteriosas y ocultas aquellas trompas que parecían que estaban envueltas por arte mágico, en las túnicas desgarradas de las tinieblas... aquellas trompetas eran un presagio de combate... de matanza, de incendio y de desastre!...

¡Aquellos últimos toques, eran como las campanas que por última vez en el siglo, repercutían la hora solemne, la fúnebre ó sublime hora en que se verificaría el cataclismo!...

* * *

¡Oh! gloriosa Nueva España!... Oh! asombrosa Colonia, hija de la hidalga España, hija de

la tierra más enérgica y pura, oh nubil y tenaz semidiosa, que supiste alzarte á la sombra de los rumorosos platanáres. altiva y terrible y en toda tu cólera del despertar supremo!...
...Oh! México que fuiste tantos años sujeta á los hierros de las cadenas de aquellos leones— ¡afrentadores del poderío de los moros!— y que oh México, después de tantos años, te supiste levantar más todavía y más todavía esplendor con luz de gloria... al propio tiempo que sacudías tu melena de oro. contemplando los horizontes nebulosos, donde el porvenir iba apareciendo... apareciendo...

Oh! México... ¡que mis buenos amiguitos lectores, bendigan tu heroísmo, que levanten hasta la mayor altura posible, el esfuerzo grandiosísimo del despertar tuyo. al erguirte, con la fe de purísima voz... Oh! México... que los que han seguido en estas líneas los acontecimientos maravillosos y estupendos, todos, todos ellos divertidísimos y al mismo tiempo, impregnados de patriótico fuego, de valor y audacia, que esa potente Nación sepa devolverte toda la gloria de esa aurora mexicana!...

¡El amanecer del día 16 de Septiembre de 1810, tiene tanta luz en nuestra historia mexicana, que llega hasta los confines de las otras repúblicas del mismo continente!

¡En ese amanecer, se principian las glorias más bellas de nuestra querida, de nuestra inolvidable patria!

Porque en esas luces que componen la auro-
ra del 16 de Septiembre, tenemos que admitir
que el color rojo, lo formaba la púrpura de la
sangre, el verde era el tinte magnífico y su-
premo que simboliza y precede siempre, siem-
pre en todas las catástrofes de la vida, á la
hermosa Esperanza... y el blanco, ah! el blanco
es el lampo de la pureza, de la inocencia y fe
en la causa por la que se combate!...

¿Qué mayor maravilla?

¿Qué mejor espectáculo para el mundo eute-
ro, amiguitos míos, que el alma de aquel día
del «diez y seis de Septiembre del año de mil
ochocientos diez?»

Porque cuentan las leyendas y tradiciones
de nuestros padres, que aquella mañana, que
era la de un domingo, como bien sabéis, el cie-
lo de Oriente, apareció en el pueblo de Dolo-
res, luciendo cuando la esquila y la campana
daban al viento sus sonos, los tintes verdes,
blanco y rojo!...

¡Iban á ser muy pronto los tres colores del
estandarte Nacional!

Ya lo iréis sabiendo; ya poco á poco iréis
comprendiendo la historia de los hombres que
nos dieron el derecho de llamarnos hombres
libres. de nombrarnos hombres mexicanos!...

¡Hidalgo, apareció después de tantas cala-
midades, después de aquellos que en la sombra

sostuvieron sus combates contra enemigos invisibles!

¡Había tanto sufrimiento en la Nueva España, que es lo que entonces era una propiedad, de las muchas que tenía el rey de España!

Allá en el humilde pueblecillo de Dolores, empezó la gloriosa Independencia mexicana; pero antes de que apareciera su primer albor, se habían verificado, como ya os dije, otros sucesos de importancia...

¡Otros héroes anteriores hubo y de esos héroes debéis conservar un recuerdo.

* * *

El primer mártir de la Independencia, queridos lectorcitos míos, el primero que sacrificó su vida en aras de ese bellissimo ideal y cuyo nombre debéis conservar religiosamente en vuestra memoria, es el del Licenciado Feliciano Primo de Verdad, Síndico del Ayuntamiento de México, que con noble entereza é inimitable lealtad, declaró que la entonces Nueva España, que hoy conocéis y amáis bajo el nombre de República Mexicana, debía gobernarse por sí propia, atendiendo al estado en que por entonces atravesaba la metrópoli, es decir mis queridos niños, la monarquía española, a la que desde la caída del invicto Cuauhtemoc, estábamos sujetos.

Su voz encontró un eco y tanto entre los miembros del Ayuntamiento, como en la conciencia del mismo virrey, que era entonces don José de Iturrigaray, comenzó á arraigarse la idea sacrosanta de la Independencia.

Pero había desde mucho tiempo atrás un cuerpo formado por hombres crueles, sanguinarios y enemigos de México, este cuerpo que se llamaba la «Audiencia» y estaba compuesto por individuos que llevaban el nombre de oidores, se enteró ó supo lo que el Licenciado Verdad de acuerdo con el virrey tramaba y una noche, noche espantosa, fué cobarde y traidoramente llamado por un falso aviso al lugar donde el Ayuntamiento celebra sus sesiones y de allí trasladado á una casa que todavía existe en la calle Cerrala de Santa Teresa, donde con inaudita crueldad y barbarie se le ahorcó en medio del silencio, entre las sombras, entre las maldiciones y anatemas de aquellos despiadados verdugos, sedientos de la sangre y ansiosos de exterminar con la vida de aquel hombre la idea grande y sublime de la independencia y de la libertad de su patria.

Aun existe en una de las piezas de esa casa el clavo de donde se colgó al mártir. Niños queridos, cuando lleguéis á ser hombres pronunciad con veneración el nombre del Licenciado Verdad, que fué el antecesor del inmor-

tal Cura de Dolores y el primero en esa larga serie de victimas sacrificadas por la tirania para darnos independendia y patria.

Mas la sangre del invicto Cuauhtemoc habia



fructificado al cabo de trescientos años, y la noble raza nahuatl á la que pertenecéis, estaba próxima á sacudir el yugo á que por tan largo tiempo habia estado sujeta.

Un anciano que hace pocos años murió en una gruta situada en las agrestas montañas de

Michoacán, un anciano de lengua barba blanca, encorvado por los años me refirió como en aquellos tiempos muchos presagios anunciaron á los dominadores del Anahuac que su poder en estas tierras iba á terminar y que los antiguos dueños de estos lugares serian vengados por sus hijos, por los descendientes de la noble raza azteca.

Fué en Querétaro, mis amados lectorecitos, donde más formalmente se iniciaron los trabajos para la independendia de nuestra patria. La idea germinaba en todos los cerebros y hacia latir todos los corazones, el viento la llevaba de un confin á otro de la entonces Nueva España, pero el secular poder de los monarcas españoles se encontraba tan arraigado que nadie osaba, nadie se atrevía á manifestar en alta voz lo que allá en el fondo de su conciencia pensaba.

En Querétaro, antigua y triste ciudad, de edificios sombríos y aspecto altamente melancólico, en esa ciudad legendaria que aun impone al viajero, se verificaron las primeras juntas ó reuniones entre un puñado de hombres decididos á sacudir el yugo español: sus nombres han volado en alas de la fama y la historia los ha recogido en sus más brillantes páginas; conservadlos en vuestra memoria y cuando lleguéis á ser hombres tomad como ejemplo en el camino de la vida á esos héroes que todo lo sacrificaron por su patria.

Allende, Aldama, Abasolo, Jiménez y Santos Villa eran los principales y dirigían la conspiración. La señora Josefa Ortiz de Domínguez, esposa del Corregidor de Querétaro (Corregidor, lectorcitos míos, se llamaba entonces



la primera autoridad de un Estado). mujer virtuosa y varonil figuraba también entre ellos.

Faltaba un jefe y la providencia se los depuró. No era un joven, rayaba en los sesenta

años; no era un guerrero sino un humilde pastor de almas. pero su pecho daba á sus acciones todo el vigor que no hubieran podido tener cien jóvenes.

¡Ah! era que el amor de la patria hacía en él uno de los más grandes milagros. porque milagros se necesitaban para dar libertad á nuestra querida nación mexicana. ¡Ah. pero siempre ante un Cristo aparece un Judas. nunca faltan traidores á la más noble y sagrada de las causas!

Hidalgo, el venerable anciano, el pastor hasta entonces apostol de paz se puso al frente de aquella conspiración que creyó justa, encabezó aquella grandiosa y legítima aspiración y desde entonces se convierte en el padre de la independencia, pues á ella consagró sus últimos días y selló con su sangre la obra magna que emprendiera el memorable 16 de Septiembre de 1810 al dar el grito de redención de un pueblo esclavizado.

Escuchad, queridos niños, como se verificó ese inmortal y memorable acontecimiento. algunos traidores habían hecho llegar la noticia de la conspiración á las autoridades españolas y hasta al mismo Virrey que era entonces don Francisco Javier Venégas.

Pero la heroína doña Josefa Ortiz de Domínguez, enterada de la traición de aquellos malvados. arrostrando todos los peligros, logra

hacer llegar al venerable Cura de Dolores una carta en que le notificaba que había sido denunciado.

El capitán don Juan Aldama llega con esa carta á todo escape al pueblo de Dolores, á las dos de la mañana del memorable 16 de Septiembre.

El cura, ignorante del peligro que le ame-



naza, duerme tranquilamente; pero despertado por Aldama y enterado de la carta que le

envía la heroína doña Josefa, reúne á sus amigos, cuyos nombres ya ós he dicho; les manifiesta la situación en que se hallan, con palabra elocuente les habla del peligro en que se encuentran, de la patria, que todo lo espera de ellos, de su esfuerzo varonil y de su arrojo. En ese momento solemne todos juran morir ó vencer en la lucha y sonó en el reloj de los tiempos la hora bendita de la independencia de México.



Al sonar la campana de la parroquia del pueblo de Dolores, el buen anciano cura, delante de los pocos pero bravos hijos de México, grita:

—¡Hijos míos, viva la Independencia de nuestra patria!... ¡Viva la Independencia de México!... ¡Es preciso ir á libertar á los que están oprimidos por los tiranos!... ¡Mas vale morir que tener vida de esclavos!... Hermosa es nuestra patria... es nuestra... otros la tienen sujeta con cadenas, explotándola, gozando de sus riquezas... mientras nosotros, sus hijos... ¿qué hacemos?... ¿Bendecir á los reyes-amos extranjeros que no conocemos siquiera... ¡Ya no! ¡Abajo! ¡Abajo esos reyes extranjeros! Viva la Libertad. Viva la Independencia. Viva México!

— ¡Viva... Viva!

— ¡Viva México!... ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!... ¡Viva la Libertad! gritó el pueblo.

Y luego armado como pudo, pero con indómito valor, siguió al venerable cura Miguel Hidalgo.

FIN